



Universidad Pontificia
de Salamanca

Discurso del Excmo. Sr. Rector Magnífico D. Santiago García-Jalón de la Lama

Empezamos un nuevo curso. Como cada año, en estos días iniciales se apodera de nosotros una familiar mezcla de ilusión y desabrigado que acompaña siempre a la incertidumbre de la luz cuando, al amanecer, es todavía dudosa.

Empezamos un nuevo curso y, antes de ser dominados por la vorágine de las tareas cotidianas, se nos presenta ahora una ocasión propicia para volver a considerar cuál es el origen de nuestra Universidad, qué somos y qué aspiramos a ser.

Nacida hace 83 años, la Pontificia es, por antigüedad, la tercera de las universidades de Castilla y León. Fue concebida como una institución consagrada a los estudios eclesiásticos, con la intención de reparar la expulsión del sistema universitario padecida por éstos en dos momentos sucesivos del desdichado siglo XIX español: en 1842, el general Espartero dicta una orden por la que se suprimen las Facultades de Cánones, que pasan a fundirse con las de Derecho Civil; en 1868 el ministro de Fomento, Manuel Ruiz Zorrilla, decreta la extinción de las facultades de Teología, alegando que “la ciencia universitaria y la teología tienen cada cual su criterio propio y conviene que ambas se mantengan independientes dentro de su esfera de actividad”.

El propósito fundacional de la Universidad Pontificia explica que las Facultades de Teología y Derecho Canónico fueran las primeras que en ella encontraron asiento. Muy pronto, sin embargo, se añadieron otros estudios que, cultivando con autonomía sus propias disciplinas, tenían por fin consolidar las titulaciones eclesiásticas y prestarles auxilio. Posteriormente, la Universidad cobró una nueva conciencia de sí misma y fue agregando Facultades hasta llegar al punto en el que actualmente nos encontramos.

En él, la abrumadora mayoría de nuestros estudiantes pertenece a áreas de conocimiento que distan mucho de los estudios eclesiásticos. Esto no supone una quiebra del primitivo aliento fundador. Un trazo firme vincula el presente con nuestro pasado: uno y otro tienen como denominador común la pasión por lo humano. La pasión por lo humano es uno de los veneros que nutre los estudios eclesiásticos y el hontanar del que nacen el resto de los estudios que en la Universidad actualmente se practican: formamos a futuros educadores, llamados a

modelar a los ciudadanos del porvenir; a estudiantes que un día tendrán en sus manos como precioso depósito la enfermedad y la debilidad; a otros que habrán de sondear con asombrada reverencia la complejidad de los procesos mentales; a quienes participarán en la multiforme tarea de la comunicación; a quienes se esforzarán por estudiar las normas que regulan la convivencia en la Iglesia y en la sociedad civil; a los que prestarán su apoyo al resto mediante la ingeniería digital... A todos nos aún hallarnos inmersos en un empeño de formación grave, fieramente humano.

Por sumaria que haya sido, la relación de empresas educativas que precede nos sitúa ante la decisiva trascendencia de nuestra contribución a la sociedad. Parte del presente y el futuro de ésta nos ha sido confiada. Sólo habríamos cumplido nuestra misión si consiguiéramos que nuestros egresados afrontaran su vida profesional con una clara conciencia de la dignidad y la responsabilidad que entraña el desempeño profesional para el que se preparan: trabajar al inmediato servicio de seres humanos.

Así las cosas, en la actualidad nuestra Universidad debe prestar una atención preferente al buen ejercicio de las labores docente e investigadora que se cumplen en las Facultades no eclesiales, facilitando tanto como le sea posible el adecuado cumplimiento de las mismas e impulsando que tengan lugar de acuerdo con las convicciones enunciadas en nuestro ideario.

En esta nueva situación de la Universidad, las Facultades de Teología y Filosofía, además de seguir desarrollando sus competencias específicas, habrán de sumar a sus ya numerosas responsabilidades, la de insuflar al resto de la Universidad el aliento de vida que nos corresponde como institución católica de enseñanza, la de aportar sangre siempre limpia, convirtiéndose en el corazón que renueva el vigor y procura las fuerzas para cumplir nuestra labor.

Empezamos un nuevo curso y en él habremos de seguir afrontando y resolviendo dificultades con las que ya nos hemos enfrentado muchas veces. Junto a ellas vendrán otras nuevas, derivadas de la legislación más reciente o de las circunstancias que siempre se renuevan. Para resolver unas y otras contamos con nuestra experiencia. Muchos de nosotros llevamos años, décadas, consagrados a la tarea universitaria. Juntos hemos superado desafíos y retos, hemos mareado tormentas y arribado a buen puerto. Confiados en Dios y en los talentos que él nos ha concedido arrostramos esta nueva travesía, sabiéndonos herederos de nuestra historia, administradores del presente y gestores del futuro de la Universidad Pontificia de Salamanca.

Muchas gracias.

Salamanca, 29 de septiembre de 2023